

# El coleccionista de furia

Ander



Image not found.

# Capítulo 1

## 1. Un día espléndido.

Hacía calor, así que Brenan no iba a perder la oportunidad de aprovechar esa mañana para hacer algo verdaderamente productivo. Decidió no ir a la cantera a trabajar con su padre y, en cambio, pensó que sería buena idea tentar a la suerte e invitar a Betha a darse un baño en la poza de la cascada. Así que se colocó las calzas verdes, la única blusa que tenía, una blanca y desgastada que se había encontrado en la parte trasera de la Taberna del Loris Dormido una tarde de bochorno y cerveza, y las botas raídas de media caña que ya empezaban a encallecerle los meñiques. Su madre, al igual que su padre, madrugaba para coger un buen sitio a la vera del río y así aprovechar mejor el torrente y acabar antes la colada. De modo que solo tuvo que despedirse de su gato, Roto, antes de salir por la puerta para dejar que el sol le golpease con su cálido y placentero tortazo en la cara.

Vivían en la zona más desfavorecida de la ciudad. El barrio se llamaba Agujero del Gallo. Recibía ese nombre porque cerca de los años de la fundación de la ciudad, cuando solo era una aldea sin muralla que se iba extendiendo alrededor del castillo del conde de Ornel, era la zona en la que se almacenaban los gallos en cuyas peleas se gastaban el peculio los hijos de los terratenientes y los comerciantes más ricos. Los almacenes llenos de jaulas fueron dejando espacio a casas a medida que más gente fue cobijándose bajo la sombra protectora de una ciudad bien situada, con enormes provisiones de madera por colindar al sur con un avejentado bosque, una cantera propia y varias líneas de comercio bien establecidas. La aldea se convirtió en ciudad, pero el Agujero del Gallo siguió siendo el lugar en el que aterrizaban los recién llegados o, en algunos casos, aquellos con una privilegiada posición que lo han perdido todo en malas inversiones o en buenos gozos.

Brenan desfiló calle abajo. Las casas de adobe y teja se repartían irregularmente por la Calle de los Comercios, la arteria principal del barrio, que desembocaba en la puerta sur de la ciudad. Algunas tenían el techo hundido, a otras les faltaba una pared, pero la mayoría eran unos humildes cubos cerrados de una sola habitación donde a menudo tenían que convivir un matrimonio con sus hijos y, tal vez, los compañeros de estos. Brenan tenía un hermano mayor, pero no vivía con la familia porque estaba fuera ganándose el pan como espada de alquiler. Gracias a eso podía disponer de más espacio que cualquier otro muchacho en edad casadera, y hasta permitirse el lujo de poseer un gato como mascota y algunos armarios.

Dejó de lado herrerías, almacenes, barberías, curtidurías y toda clase de negocios, en los que los trabajadores sufrían aturullados en sus

quehaceres pero atendiendo con soltura a todo aquel que pareciera interesado en convertirse en cliente. Se detuvo en la panadería de Topi.

—Buenos días, panadero —saludó Brenan.

Topi levantó la cabeza de la masa que estaba torturando sobre una mesa espolvoreada de harina y miró al muchacho por encima de una buena muestra de barras y hogazas de pan, que esperaban, tostadas, a que apareciera alguien con la intención de comérselas. Después de dejar a cambio unas monedas, claro.

—Tú deberías estar en la cantera —graznó.

—Este sol ya me habría dejado la espalda pelada, a estas horas.

—Y a tu padre y sus compañeros no, ¿verdad?

—Mi padre y sus compañeros ya tienen las espaldas hechas un cromo. Un poco de sol abrasador no les hará mucha diferencia.

—Eres un vago inútil.

—No veo por qué hay que entrar en descalificaciones. No voy a sudar levantando piedras en un día así. Lo que voy a hacer es refrescarme, y ver algo de carne femenina, si es que puedo.

—Buena suerte con eso, paleta. —La enérgica voz llegó desde la entrada de la panadería, donde el hijo de Topi, Len, surcaba dibujos sobre la masa de los bollos antes de meterlos en el enorme horno del interior—. Porque con esa cara la única carne femenina que vas a ver es la de la gorda mano de tu madre golpeándote cuando se entere de que no has aparecido por la cantera.

Brenan ladeó la cabeza, como si estuviera sopesando más de una respuesta.

—Bueno —contestó—, puede que Betha tenga una opinión distinta. El otro día alabó la línea de mi perfil mientras me acariciaba la espalda.

Len se puso rojo.

—Estarías soñando o algo así. El padre de Betha jamás le dejaría acercarse a un cantero perezoso como tú. Esa familia tiene la vista puesta un poco más alto, si es que entiendes a lo que me refiero.

—No creas que se han fijado en un follapanes como tú.

—Vaya, no eres tan valiente cuando no hay una muralla de hogazas de pan entre nosotros.

—No te veo meter los bollos en el horno, Len —intervino su padre, zanjando la discusión. Luego se volvió de nuevo hacia Brenan.

—Vayas a la cantera o a perder el tiempo, lárgate de aquí antes de que yo mismo te estampe esta masa en esa cara de palurdo que gastas —le dijo.

—Resérvame una hogaza para luego, y no dejes que tu hijo retrasado babe sobre ella mientras yo no esté por aquí —contestó Brenan, para quedarse con la última palabra. Luego se puso en marcha de nuevo, otra vez calle abajo.

Brenan y Len había sido rivales desde que el primero empezó a acumular recuerdos. O al menos él lo había percibido como un rival. Se habían peleado por las mismas chicas y cualquier excusa era adecuada para empezar una discusión. Alguna vez llegaron a las manos, con resultados desiguales para las dos partes. El padre de Brenan gastaba la mayor parte de su saliva diciéndole a su hijo que se mantuviera alejado de Len, desde aquella vez que se partieron la nariz el uno al otro. Sin embargo la mayoría de las discusiones giraban en torno a temas banales que se zanjaban con tanta rapidez como habían empezado.

No tardó en llegar hasta la carnicería de Kornel. El enorme carnicero bajaba y subía un machete con saña, descuartizando un venado a la vista de todos, ofreciendo un gran espectáculo a cualquiera que pasara lo suficientemente cerca como para llevarse gratis algo de sangre o trocitos de vísceras que saltaban rabiosas en cualquier dirección imaginable. Se detuvo un momento cuando vio a Brenan de pie, frente a su mostrador, con una sonrisa en los labios. Soltó todo el aire que había almacenado en los pulmones por la nariz y volvió a concentrarse en su tarea con más furia que antes.

—Deberías estar en la cantera —le dijo sin dejar de hacer picadillo al rumiante.

—¿Cómo va la mañana, carnicero Kornel?

—Ocupada, como debería ir la tuya.

—¿Está Betha por aquí?

—Dentro.

—¿Puede salir un momento?

—Tiene tareas que hacer. De momento, destripar veinticinco conejos. Luego ya se me ocurrirá en qué ocupar su tiempo.

—En un día como este vas a obligarla a quedarse encerrada, destripar conejos. ¿En qué clase de padre te convierte eso?

—En uno que se preocupa por darle de comer. Y por que no se relacione con quien no debe. Y por que tenga un futuro estable. ¿Quieres que siga?

—Puedes preocuparte de todo eso mientras doy un paseo con ella.

—No.

—Deja que salga y me gastaré el salario de la semana que viene íntegramente en tu carnicería.

—Mi hija no es algo que se pueda comprar. No tú, al menos.

Una jovencueta con el pelo recogido y un delantal manchado de sangre salió a la puerta de la carnicería.

—¿Me has llamado, padre?

Betha se fijó en Brenan, que le sonreía más allá del mostrador. Ella respondió con otra sonrisa.

—No te he llamado. Termina con los conejos antes de salir, ya te lo he dicho.

Brenan seguía mirándola.

—Joder, qué guapa eres.

Betha se sonrojó y dejó escapar una risa bobalicona. Su padre insistió.

—Cuando termines con los conejos ponte a separar las criadillas de ese mondongo. —Señaló con la nariz una pila de carne sobre la que revoloteaban algunas moscas—. Este caballero ya se iba —profetizó, refiriéndose entonces a Brenan.

Betha levantó las cejas y los hombros a modo de disculpa y volvió a meterse dentro del edificio.

—Pues quería comprar unos sesos —le dijo Brenan a Kornel, con enfado—, pero voy a ir a la competencia.

El joven se despidió con un ademán, fingió alejarse con obstinación y giró en la misma esquina del edificio. Luego avanzó hasta una pequeña

ventana que daba al interior de la carnicería. Dio unos golpes en el cristal para llamar la atención de Betha, que ya se había concentrado en su monótono trabajo. La joven abrió la ventana.

—¿Vienes a la poza?

—De verdad que no estás bien de la cabeza. Ya has oído a mi padre.

—Tu padre dice lo que tiene que decir, nada más. Cuando sea un viejo decrépito se arrepentirá de no haberte dejado disfrutar de la vida cuando tenías el cuerpo perfecto para ello.

—Si se entera me reprenderá y luego te pondrá la piel del revés, y no me apetece nada escuchar sus sermones. Vete a la poza solo o espera a que yo pueda acompañarte otro día.

—He sacrificado un día entero de sueldo para ofrecerte una jornada de ensueño.

—Si no has ido a la cantera es porque eres un vago.

—Y porque hace mucho calor, pero no intentes desviar la conversación.

—Tengo que seguir ayudando a mi padre...

—Como quieras, pero cuando lleguen a tus oídos noticias de un joven apuesto que ha estado nadando en la poza con dos bellas doncellas no empieces a sentirte celosa y a arrepentirte de no haberle puesto candado a este cuerpo.

Brenan ofreció su cuerpo extendiendo los brazos hacia los lados.

—Por mí como si arrojas ese cuerpo a los cerdos —contestó Betha, cerrando la ventana de golpe.

—¡Eh! —se oyó desde la esquina del edificio.

Kornel estaba de pie mirando directamente hacia Brenan con el machete ensangrentado aun en la mano.

—¿Qué te he dicho? —inquirió, señalando hacia el frente con el instrumento.

Brenan alzó los hombros tratando de disculparse.

—Que quieres que tu hija tenga un futuro, que no se relacione con escoria

y esas cosas.

—Y si ya lo sabes, ¿cómo es que sigues aquí?

Brenan pegó los brazos a su tronco, dio media vuelta y se alejó sin decir nada más, con el objetivo de poner tanta distancia como pudo en el menor tiempo posible entre su cuello y el machete de Kornel. El camino hacia la poza de la cascada, que estaba en un claro cercano al sendero del bosque, le llevó a recorrer por completo la Calle de los Comercios, el corazón desde el que el Agujero del Gallo se extendía hacia ambos lados en una serie de callejuelas sinuosas y a menudo malolientes que conformaban el segundo distrito más pobre de la ciudad.

Haciéndolo dejó atrás más comercios de éxito desigual, alguna taberna ajada, el burdel y varios hogares en cuyos escalones de la entrada se arremolinaban niños comiendo mendrugos de pan reblandecidos con agua. Mientras caminaba pensaba en Betha.

Era mentira que Brenan fuera a ir a la poza con dos hermosas jovencitas. Ni siquiera existía tal posibilidad. Por mucho que de vez en cuando tratara de engañarse, lo cierto era que ya hacía un tiempo que Betha era la única mujer a la que dirigía sus pensamientos. En su infancia más tardía había besado a varias chicas, e incluso en ese momento, cuando rozaba los veinte años de edad, no le faltaban oportunidades para relacionarse con otras. Brenan era apuesto, algo delgado para su edad, y tenía unos rasgos bien definidos que, aunque no le hicieran destacar entre la multitud, sí podía decirse de ellos que al menos eran simétricos. Sin embargo, se encontraba cada noche rindiéndose al sueño mientras trataba de imaginar el olor del pelo de Betha, la calidez de su piel o la suavidad de la zona interior de sus muslos.

La oposición de su padre, el carnicero, era natural. Al tener una hija hermosa prefería mantenerla alejada de los hombres del mismo escalafón, pensando que podría encontrarle un marido que al menos la alejara de ese barrio. Y ya de paso, que estuviese en condición de ofrecer un empujón económico a su negocio cárnico. Un lanero o algo por el estilo.

Sin embargo, Brenan estaba dispuesto a echar hasta la última gota de sudor en tratar de conocer a Betha más profundamente. Para ello tendría que convencer a Kornel de que no era una amenaza para su hija, y llegó a la conclusión de que faltar al trabajo para ir a nadar a la poza no era un buen comienzo para ese propósito.

—Ah —se dijo—, tengo que tomarme en serio lo de la cantera. Y no ser tan idiota.

Determinado a dejarse el culo con su padre en la cantera a partir de entonces, también pensó que sería una lástima desperdiciar ese día tan

caluroso y, ya que no podía arreglar lo de no haber aparecido por la cantera, decidió mantener el plan de ir a refrescarse a la poza.

La cascada generaba un murmullo tranquilo allí donde no había nadie para escucharlo. La poza era profunda. Se llegaba hasta ella saltando desde unas rocas situadas a una altura considerable del agua. Después, para volver a la ciudad, había que trepar por las resbaladizas piedras de la cascada, pero no era nada que Brenan o cualquier otro muchacho del Agujero no hubieran hecho miles de veces a lo largo de los tórridos y aburridos veranos.

Brenan se desnudó y dejó la ropa sobre una piedra seca, junto al torrente tranquilo de la cascada, y luego se arrojó a la poza abrazándose las rodillas y formando una bola con su cuerpo, salpicando todo lo que pudo. Estaba fría, pero uno no tardaba en acostumbrarse a esa temperatura si se dedicaba a nadar o bucear poniendo en movimiento todos los músculos. Ningún conocido de Brenan se había sumergido tanto como para tocar el fondo de la poza. El interior se veía como un abismo oscuro y aterrador, como una garganta tenebrosa y siniestra a la que no llegaba ni una pizca de luz. Lo más lejos que él mismo había llegado buceando habían sido unos pocos metros, antes de que el pánico del oxígeno comprimiéndose en sus pulmones le acicateara para volver a la superficie a por una bocanada de aire. Ese día volvió a intentarlo.

Tomó una gran cantidad de aire por la boca e inmediatamente se sumergió ayudándose de manos y pies. Bajando con energía, pronto se vio sumido en una sobrecogedora oscuridad, rota solo por el ligero destello que formaban las ondas del agua de la superficie. Sin embargo, tuvo que volver a subir para respirar antes de tocar ninguna clase de fondo. A partir de ese momento su mente empezó a divagar imaginando la clase de seres terroríficos que podrían estar viviendo en ese abismo, alimentados por la oscuridad y el frío de las profundidades. Quedó absorto unos instantes, manteniéndose a flote con el impulso de sus pies.

Una voz conocida le rescató de su ensoñación.

—Eh, idiota —le llamó la voz.

Brenan se secó los párpados con los dedos y miró hacia arriba, justo al punto desde el que había saltado. Len proyectaba una péfida sombra sobre la poza al estar el sol azotando gentilmente su espalda. Brenan sonrió y braceó hacia atrás perezoso, haciendo ver que no le importaba que hubiese otro hombre mirando su cuerpo desnudo.

—Tenía la esperanza de que Betha, en un arranque de locura, hubiera aceptado tu proposición —explicó Len, con los brazos cruzados sobre su

pecho—. Así que he venido para tratar de verle las tetas.

—Pues solo vas a poder disfrutar de mis huevos peludos.

—Kornel te ha dicho que nanai, ¿no?

—He decidido no ofrecerle a Betha la oportunidad de disfrutar de mis artes natatorias. Ese carnicero cascarrabias no tiene nada que ver con que su hija no esté aquí. ¿Tu padre te ha dejado venir hasta aquí solo?

—Ojalá pudieras subir aquí para ver lo ridículo que eres desnudo, Brenan.

—Eso ya me lo dijo ayer tu hermana, justo antes de que saltase desde su ventana.

—Siempre tienes la respuesta adecuada, ¿eh?

—Es fácil conversar con limitados.

—Pues a ver si tienes respuesta a esto, galán.

Len cogió la ropa de Brenan, se la enseñó alzándola sobre su cabeza y se la llevó, desapareciendo de la poza.

—Mierda —murmuró Brenan.

Nadó hasta la orilla y subió por las rocas de la cascada. Ya estaba acostumbrado a ello, así que no tardó en llegar arriba, pero ya no había ni rastro de Len. Trató de pensar en algo. Se le pasó por la cabeza taparse con hojas o esperar en el bosque a que se hiciera de noche, pero no quería quedarse desnudo en medio de la vegetación, a la espera de que apareciera algún lobo o un oso y se le ocurriera jugar con su cuerpo desnudo.

También podía colarse en la primera casa de la ciudad y robar aunque solo fueran unos pantalones, pero descartó esa idea al instante. Terminó por decidir que volver a la ciudad avergonzado o tratar de paliar la broma de Len sería como darle la victoria, así que al final resolvió cubrirse los genitales con las manos y dirigirse a la ciudad, por el mismo camino que había recorrido en sentido contrario hacía un rato.

Un carretero hizo frenar en seco a su mula cuando vio salir de la arboleda a un muchacho desnudo y empapado. Se le quedó mirando mientras Brenan dirigía sus pasos hacia las puertas de la ciudad, que se mantenían abiertas durante el día. Las personas que se cruzó en la arteria principal del Agujero del Gallo se quedaron atónitas ante el espectáculo. Algunas madres colocaron sus manos sobre los ojos de sus hijos e hijas. Algunas muchachas se rieron y la mayoría de los hombres le miraron con desdén y

disgusto.

Se le ensuciaron las plantas de los pies mientras remontaba la calle de la carnicería de Kornel. El carnicero levantó la vista al distraerse por el murmullo que producía el grupo de gente que iba dejando espacio a Brenan, que avanzaba sin mover las manos de su entrepierna y ya se había secado casi por completo. Kornel clavó su machete en un taco de madera y se unió a las personas que seguían al joven riendo y señalando, con la mirada llena de furia y asombro a partes iguales fija en Brenan.

Buena manera de causar una mejor impresión, se dijo el muchacho, mientras saludaba con la cabeza al atónito carnicero, tratando de componer una sonrisa respetuosa.

El siguiente destino destacable fue la panadería de Topi. El panadero intercambiaba una barra de pan por una moneda cuando giró la cabeza y vio el cuerpo desnudo de Brenan caminar en dirección a su casa. Se desternilló de risa. Su hijo Len sonreía divertido apoyado en el quicio de la puerta de la panadería.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó sin poder evitar reírse.

—Ah, hace tanto calor que he decidido regalar la ropa a alguien que la necesita más que yo —respondió Brenan, irónico.

—¡Atrapa esto! —Topi le pasó una enorme hogaza, obligando a Brenan a desplegar sus manos para cogerla en el aire.

Todo el gentío que le había estado siguiendo prorrumpió en carcajadas. Alguno incluso cayó al suelo porque las piernas dejaron de responderle a causa de la risa.

—Invita la casa —farfulló Topi, secándose los lagrimones de la cara.

Len le miró la entrepierna.

—Estaba fría el agua, ¿eh?

La multitud volvió a carcajearse. Algunos miraban con picaresca el cuerpo de Brenan y acercaban el índice y el pulgar destacando el tamaño circunstancial de su pene. El joven colocó la hogaza bajo el brazo derecho y su mano izquierda sobre la cadera.

—Bueno —dijo—, pueden reírse todo lo que quieran, pero si está encogida es porque funciona correctamente.

Brenan dejó atrás al ruidoso gentío y se dirigió con decisión a su casa. El barrio acababa de obtener una anécdota para contar durante varios

meses, años quizá, así que empezó a hacerse una idea de lo que le esperaba. No sería raro que ya se hubieran inventado un mote para él. Vio que Len había dejado su ropa a las puertas de su casa, así que la recogió del suelo y empujó la puerta hacia dentro.

Lo primero que encontró fue un tortazo, pero esta vez de los de verdad.

—¡Tu padre desgastándose los huesos de sol a sol y tú haciendo el ridículo y paseándote en cueros por la ciudad! —su madre estaba furiosa.

Le propinó otro cachete.

—Se acabó lo de ir a la cantera más tarde. ¡Mañana, en cuanto el gallo cante, te levantarás con tu padre y le ayudarás como el hombre que ya deberías ser!

Su madre Olga era la única persona en el mundo para la que Brenan nunca tenía las respuestas adecuadas.

## Capítulo 2

### 2. Algo inaudito.

Baldo, el padre de Brenan, le dio unos gentiles golpecitos en los mofletes a su hijo para despertarlo. El joven se rascó las legañas con un gemido amodorrado y se incorporó. Su gato Roto acudió donde él para darle los buenos días a su manera, ronroneando y frotando su morro en las piernas del chico.

—Pero si aun es de noche —se quejó, remoloneando y señalando el tragaluz del techo.

—Hace ya un rato que el gallo ha cantado. Vamos.

Brenan se puso de pie y fue a por sus calzas verdes.

—A mí nunca me despierta el gallo; nunca lo he oído.

—No hay ningún gallo, tonto. En las granjas sí, pero aquí en la ciudad, cuando el gallo canta es solo una expresión para referirse a esta hora.

—¿Y qué hora es?

—Pronto.

Baldo le tendió un poco de pan revenido a su hijo.

—Desayuna. Hoy va a ser un poco más duro que ayer.

Sus palabras tenían un deje divertido, como si se estuviera burlando de la anécdota del día anterior.

—¿No hay queso?

—El queso es para el almuerzo.

Brenan se tragó el pan con dificultad porque había despertado con la boca seca y terminó de vestirse. Olga seguía dormida en el suelo de la habitación, sobre un colchón de paja delgado. No tardaría en despertarse a su vez para comenzar a realizar sus labores. Al abrir la puerta de la casa descubrieron que toda la calle estaba cubierta por una densísima niebla.

—Con esta niebla no vamos a poder ver nada, será mejor que volvamos a dormirnos —sugirió Brenan, olvidando la promesa de tomarse el trabajo

más en serio.

—Esta niebla no va a durar nada —explicó su padre—. En cuanto salga el sol el cielo se va a quedar azul. Vamos.

Juntos recorrieron la misma calle por la que circuló Brenan el día anterior, en dirección a las puertas de Ornel, donde se subirían a una carreta junto a otros trabajadores de la cantera. Desde dentro de la panadería de Topi ya salía algo de luz, pero la carnicería de Kornel aun estaba cerrada a cal y canto. Brenan pensó en Betha, que estaría en el piso de arriba de ese mismo edificio, dormida plácidamente con una sonrisa en los labios.

Se cruzaron con algunos hombres que se dirigían a sus respectivos trabajos o a sus casas después de una velada en la taberna que se les había ido de las manos pero, en general, el distrito seguía sumido en un letargo envidiable y solo podían escucharse las constantes pisadas de Baldo y su hijo sobre el empedrado irregular del suelo.

—Hijo... —Baldo parecía no saber cómo explicar con palabras lo que le rondaba por la cabeza—. Me ha contado tu madre que ayer te paseaste por el barrio desnudo, y que llegaste a casa con una hogaza de pan.

Brenan no podía imaginarse una persona con la que le apeteciera menos hablar de esa cuestión. Pensó que lo mejor era contarle la verdad.

—Estuve en la poza dándome un baño. Len llegó y se llevó mi ropa.

A su padre pareció satisfacerle conocer la razón por la que su hijo se había expuesto a la multitud de esa manera. Sin embargo no dejó de arrugar el entrecejo.

—¿Tienes alguna querrela con el hijo del panadero?

Brenan le quitó importancia al asunto con un gesto de su mano.

—Nada importante.

—Supongo que son cosas de críos, pero me gustaría que no te dejaras avasallar, hijo.

—Oh, nada de eso. Sólo tuvo suerte de estar en el momento y el lugar adecuados para gastarme esa broma. Len no es una amenaza de ninguna clase.

—Te lo digo porque yo he tenido problemas con abusones en mi juventud. Ya sabes. Si algún día necesitas mi ayuda para lidiar con algo que se te

escapa... no sé, dímelo y haremos algo, ¿eh?

—Claro, padre.

En la carreta que les esperaba junto a la puerta de la ciudad ya estaban subidos todos los que acostumbraban a cogerla para ir a la cantera. El barbudo Yanim les hizo un gesto de impaciencia con la mano desde el remolque.

—¡Vamos! —gritó—. Cuanto antes lleguemos, antes marcharemos.

Fredi, el conductor de la carreta ya con las riendas en la mano, se arrebujó en su capa y escupió al suelo mientras miraba subir a Brenan.

—Hoy su excelencia se ha dignado a venir, ¿eh? —dijo con socarronería.

—Ayer a Abiol no le gustó que no aparecieras y que no avisaras —informó Klei, un cantero rechoncho con cara de topo—. Si yo fuera tú le evitaría toda la mañana.

La carreta se puso en marcha y al salir de la ciudad giró a la izquierda tomando el único camino que llevaba a la cantera, situada a un par de kilómetros de distancia de la muralla.

—Ayer por la noche me contaron en la taberna que un loco se paseó por el Agujero completamente desnudo, tapándose la polla solo con las manos.

Klei dejó caer la frase sin mirar a nadie en particular, examinándose la uñas. Quiso dar a entender que no sabía quién fue dicho loco, pero había un deje de maldad en sus palabras, como si se tratara de un gato que jugaba con un ratón antes de comérselo.

—Lo que me dijeron a mí —dijo Yanim— es que empezó a meneársela delante de todos.

Baldo se ruborizó y evitó mirar a su hijo, que se mantenía callado. Dresdemar, el último de los canteros que solían utilizar esa carreta para ir al trabajo, se aclaró la garganta y se inclinó hacia delante, como si fuera a compartir una confidencia con sus compañeros.

—Al parecer —murmuró—, ahora le llaman Culebrilla.

Todos rieron. Yanim se golpeó las rodillas con la palma de las manos y Klei disparó varios mocos al espirar fuertemente por la nariz. Fredi el carretero, que no era la flecha más afilada de la aljaba, se giró sin dejar de conducir el carro.

—Yo sé quién fue.

Señaló a Brenan, que para entonces ya se había encogido en una esquina y miraba al infinito deseando que el viaje terminara lo antes posible.

—Fue su excelencia, Brenan, hijo de Baldo.

Todos lo sabían, así que ninguno se sorprendió.

—La próxima vez que salgas de casa, muchacho, acuérdate de ponerte unos pantalones —sugirió Dresdemar.

—Supongo que ahora tendremos el chiste a flor de piel durante un par de meses —afirmó Brenan.

—Y cómo lo sabes —corroboró Klei—. No todos los días hay temas de conversación tan variopintos.

—Tendremos que explotar la mina, Culebrilla —apostilló Yanim.

Brenan ya se estaba arrepintiendo de haber vuelto a la ciudad en cueros solo para desafiar a Len. Tendría que haber esperado a que anocheciera, aunque aparecieran los lobos para intentar devorarme, se dijo.

La cantera era un profundo y enorme hoyo circunferencial, de menos de medio kilómetro de diámetro, que se extendía hacia abajo estructurado en varias explotaciones de roca interconectadas por caminos de grava que descendían en pendientes benévolas. El carro les dejó a la entrada, cerca de la cabaña del capataz, lugar por el que tenían que pasar todos los trabajadores para firmar el libro de registros y coger las herramientas que necesitaran. Cada día tenían la posibilidad de ser asignados a un trabajo diferente al anterior, pero normalmente repetían labores día tras día.

Dentro estaba sentado tras un enorme escritorio de madera Eph, el secretario de Abiol, responsable de supervisar que ningún trabajador firmara por alguien que no fuera uno mismo y de anotar quién se llevaba qué herramienta, en caso de que al final de la jornada hubiese alguna rota o desaparecida. También les informaba de qué tarea tenían que llevar a cabo aquel día.

—Yanim y Klei —llamó, mirando a los dos canteros—, vais a seguir dando forma de cubo a las rocas de la undécima explotación.

Los dos hombres firmaron allí donde Eph les indicó.

—Mismas dimensiones —les informó—. El cliente ha pedido mil kilos más. Eso son de tres a cuatro rocas, así que si os concentráis en la tarea para

esta tarde podríais terminarla.

Yanim salió de la cabaña refunfuñando lo suficientemente bajo como para que Eph no tuviese ningún problema en fingir que no le había oído.

—Dresdemar. —El secretario señaló con su pluma al cantero—. Te toca ayudar en la séptima. Es un trabajo liviano, hay que cargar diecinueve carros con las rocas que llevan ahí muertas de risa dos semanas. Los carros ya están allí, así que puedes ir empezando hasta que te mande a alguien más. De momento estás solo, habéis venido pronto hoy.

—A Fredi le gusta la velocidad —dijo Dresdemar mientras firmaba en el libro.

Eph miró hacia donde estaban Baldo y Brenan.

—Baldo Coine —dijo, pasando el dedo por encima del papel del libro, buscando ese nombre—, hoy sigues con lo mismo de ayer, así que a seguir picando cantos.

Baldo se adelantó para firmar.

—Mi hijo me ha estado ayudando todos estos días —dijo mientras señalaba a Brenan con el pulgar.

—Ayer no, ¿cierto?

—No, ayer no vine —contestó Brenan.

—Bueno, no es que a mí me importe —explicó Eph—, pero hoy no vas a ayudar a tu padre. El capataz te ha asignado otra tarea de momento.

El secretario no explicó nada más y se quedó mirando a Baldo, que ya había firmado, juntando las yemas de los dedos y haciéndole entender que ya sobraba y que podía ir a su puesto de trabajo. Baldo echó un último vistazo a su hijo, cogió uno de los viejos picos que estaban amontonados en una esquina de la cabaña y salió. Eph sonrió a Brenan y le ofreció el libro y su pluma.

—Firma aquí.

Brenan rasgó en el papel un garabato que pretendía ser su nombre.

—¿Qué tengo que hacer?

—Coge una pala.

El secretario se puso de pie y se dirigió hacia la puerta de la cabaña. Fuera, sentado en un barril, estaba Hugo, el hijo del capataz Abiol, que sostenía otra pala en sus manos y tenía en la cara una expresión de confusión. Brenan le saludó con la cabeza.

—Vas a trabajar con Hugo.

Hugo era de la edad de Brenan. Se podía hablar fácilmente con él y tenía un carácter divertido, pícaro y ameno. Trabajar con él no era un castigo en ningún caso.

—El barril sobre el que está sentado Hugo está lleno de sacos —informó Eph—. En aquella dirección —señaló hacia el norte— sabéis que están las letrinas.

—Mierda —susurró Brenan.

—Eso es. Vais a llevar el barril lleno de sacos hasta las letrinas, vais a sacar los sacos del barril, y vais a vaciar las letrinas con las palas. Toda la mierda que saquéis la vais metiendo en los sacos y los vais amontonando. Tenéis que vaciar las letrinas antes del almuerzo.

Hugo miró al suelo ceñudo.

—Así que a trabajar. Podéis llevar el barril hasta allí haciéndolo rodar.

Brenan tumbó el barril y se dispuso a empujarlo, con la intención de demorar todo lo posible la llegada a las letrinas.

—Y sonreíd un poco —les dijo el secretario, agarrado al picaporte de la puerta de la cabaña, preparado para volver a su cómodo escritorio—, la niebla ya se ha levantado así que se os va a hacer más fácil percibir todos los matices que ofrece la mierda al ser removida. Es asombrosa la cantidad que puede acumularse en un mes.

Los dos jóvenes hicieron rodar el barril lentamente, pesarosos pero aceptando la tarea con resignación.

—¿Por qué te toca limpiar la mierda? —preguntó Brenan, sin dejar de empujar el barril.

No podía imaginarse por qué el capataz mandaría a su propio hijo al peor de los quehaceres de la cantera.

—Como castigo por un pequeño follón que monté en casa de los Cester.

Detuvo la explicación y miró hacia Brenan con el rabillo del ojo, dudando en seguir con la historia. Vio que su compañero no le quitaba ojo de

encima mientras seguía empujando el barril hacia delante.

—Sabes quiénes son los Cester ¿no?

—¿Desmond Cester no es el maestro constructor del conde?

—Sí.

—Su hija es muy guapa.

—Pues precisamente.

—¿Precisamente qué?

—Me colé en su habitación.

—¿Qué?

Hugo torció los labios y asintió con la cabeza mirando al frente.

—Para empezar ¿qué hacías en el Barrio de Cristal?

El Barrio de Cristal era el distrito que rodeaba al Castillo Rocosó, el más privilegiado y el de más alcurnia de la ciudad y allí donde vivían todas las familias relacionadas de alguna manera con el conde de Ornel, o aquellas que no mantenían ninguna relación con el conde pero se habían fabricado un camino hasta ese estatus a través de sus negocios, lícitos o no. Obviamente, empezando desde el castillo, cuanto más se alejara uno del Barrio de Cristal y más se fuera acercando a cualquiera de los otros distritos, tanto la calidad de vida como la seguridad civil se veían bastante reducidas. No era frecuente ver a alguien del Cristal por el Agujero, y muchísimo menos a alguien del Agujero por el Cristal.

—Estaba intentando vender unas cosas.

Brenan no indagó más en ese tema. Lo que hacía Hugo por los barrios altos era de su incumbencia, y de nadie más. Si no estaba dispuesto a compartirlo no sería él quien le obligara a ello.

—En el tiempo que hay entre vender algunas cosas y colarte en la habitación de la hija del maestro constructor debieron de pasar más cosas —dijo, sin embargo.

—Estaba en una taberna. Había quedado allí con el mayordomo de una familia para ofrecer cierta mercancía. A cambio de monedas, claro.

—Claro.

—Bueno. Pues el buen hombre apareció con la cantidad acordada, y yo le ofrecí mi mercancía. El trueque fue como la seda y cada uno se fue por su camino. El caso es que...

Llegaron a su destino y Hugo dejó que contar la anécdota. Las letrinas eran una serie de agujeros bordeados por una valla de un metro de altura, cada uno de ellos tapado por una tabla de madera. A Brenan no se le daba bien calcular cantidades, pero pensó que con las palas que les había proporcionado el secretario tardarían cerca de media hora en vaciar cada letrina, y había diez. Abrieron el barril, cogieron el primer saco y destaparon la primera de las letrinas.

—¡Buoh! —gimió Hugo.

Varias moscas salieron desesperadas y haciendo eses de la letrina. Hasta para ellas el olor era demasiado intenso.

—Hagámoslo rápido antes de que el sol empiece a calentar la mierda —sugirió Brenan.

—¿Cómo lo hacemos? ¿Uno usa la pala y el otro sujeta el saco, y nos vamos turnando en cada letrina?

—Yo empiezo con la pala —dijo Brenan, aguantando una arcada.

—Pero ten cuidado con mis manos cuando eches la mierda en el saco.

Brenan hundió la pala en la letrina e intentó coger la mayor cantidad de residuos para acabar cuanto antes.

—¡Espera, espera! Coge menos o se desparramará antes de que puedas echarla en el saco.

Brenan le hizo caso y derramó un poco de cantidad de vuelta en la letrina, produciendo un sonido chapoteante.

—Tú sigue con tu historia —le contestó.

—Bueno, como te decía, el trueque fue limpio y cada uno se fue por su lado. Pero el comercio es duro, y muchas veces cuesta encontrar materia prima que vender, ¿entiendes?

—Más o menos.

—Lo que quiero decir es que a veces me veo obligado a realizar una

reincorporación asimétrica.

Brenan lo miró arrugando la nariz y mostrando los dientes.

—No he entendido eso.

—A veces tengo que recuperar lo vendido, pero por desgracia no me puedo permitir llevar a cabo el reembolso al cliente.

—Que vuelves a robar lo que has vendido, ¿no?

—Sí. Así que seguí al mayordomo por las calles del Barrio de Cristal. Menudas casas, menudos comercios; tendrías que verlos. Resulta que a la media hora de estar siguiendo al buen hombre pude ver cómo se metía en una casa, qué digo, una mansión de cuatro pisos, con un pequeño jardín en la parte trasera.

—¿Era de mármol?

—No hombre, no te imagines un palacio. Era una casa enorme de piedra y madera con muros enyesados. Pero muy bonita, eh.

—Aham.

—Así es que hago lo que suelo hacer. Espero a que oscurezca del todo y ocupo el tiempo dando una vuelta. Qué primor de barrio, en ningún momento temí por que me dieran un bastonazo en la nuca y me robaran hasta los calzoncillos. Tienen muchísimos más guardias por allí, ¿sabes? Y encienden candelabros que colocan en vidrieras claras para iluminar las calles por la noche. Pues bueno, cuando ya era noche cerrada me acerqué a la casa y examiné las ventanas. Como podrás imaginar, porque estoy aquí recogiendo mierda contigo, había una ventana abierta, razón y motivo por el que me metí en el lío. He dicho que el edificio era de piedra y madera, así que cada metro y medio más o menos sobresalía una viga de madera desde el interior de la casa, lo que me permitió subir hasta el alféizar de la ventana abierta.

Brenan hizo una pausa y se separó de la letrina para intentar respirar aire fresco.

—Pues no había ni una candela encendida dentro de la casa. La oscuridad era absoluta, así que como era de esperar, en cuanto puse el pie en el interior del edificio aterricé sobre el estómago de una mujer que inmediatamente empezó a gritar. Al no tener un terreno estable bajo mis pies caí sobre la alfombra de la habitación mientras los gritos de la muy histérica fueron en aumento. No tardaron en entrar en la estancia dos hombres, uno con un candelabro y otro con una espada. El del candelabro era el mayordomo con el que había hecho el trueque, el de la espada era

el maestro constructor Cester.

—Y la chica era su hija.

—Claro, eso ya lo he dicho al principio. Así que se arma una buena, con gritos, explicaciones y amenazas de muerte y todas esas cosas. Llamen a la guardia, que me mete en el calabozo y me da un par de hostias de propina.

—¿Y cómo es que estás aquí? Por allanamiento te puede caer una buena.

—Tuve suerte de ser quien soy. El dueño de la cantera, el señor Forli, es amigo íntimo del señor Cester. Así que mi padre habló con Forli, que a su vez fue a dialogar con Cester, y me liberaron a cambio de no acercarme nunca más por casa del maestro constructor y de una serie de castigos que me impondría mi señor padre. Recoger mierda es el primero de ellos.

—No recuperaste la mercancía, claro.

—No, pero he salido bastante bien parado, dadas las circunstancias. ¿Y tú qué? He oído que ayer te paseaste desnudo por el barrio, y que ahora te llaman Culebrilla.

Brenan tapó con la tabla de madera la primera letrina y le pasó la pala a Hugo.

—Esa historia es para adultos —le dijo, justo antes de que algo llamara la atención de los dos muchachos.

Una campana repiqueteaba con vigor a lo largo y ancho de la cantera. Cada explotación contaba con una campana que había de ser tocada cuando hubiera un accidente o una emergencia. Y si eso sucedía, todos los trabajadores de la cantera tenían que acudir a la llamada por si era necesaria su asistencia de alguna manera.

De modo que Brenan y Hugo salieron corriendo en dirección a los tañidos agudos y apresurados. Que no sea mi padre, que no sea mi padre, barruntaba sin cesar mientras trataba de correr lo más rápido posible.

Las campanadas les llevaron hasta la explotación número once, y con alivio vio que quien agitaba el cordel del badajo era Baldo, que tenía la mirada desesperada fija cerca de un carro. Junto al mismo estaba Yanim, inclinado al lado de una enorme roca pulida en forma rectangular. Klei estaba en el suelo, agitándose de dolor y sin poder gritar por tener la garganta agarrotada. La enorme roca le apisonaba el brazo izquierdo.

—¡La polea de la grúa se ha roto! —explicó Yanim con un grito.

Brenan miró la endeble grúa de madera que se usaba para montar las rocas cinceladas sobre los carros para ser entregadas a los clientes. La polea, en efecto, estaba rota, lo que había provocado que la roca cayera antes de que fuera montada sobre el carro con tan mala suerte que cayó sobre Klei, atrapando su brazo contra el suelo. Yanim trataba de mover la roca sin conseguir siquiera moverla un centímetro.

Brenan vio que por los caminos que conectaban el resto de explotaciones llegaban algunos canteros jadeando. Miró a Klei que, con la mirada desaparecida en el cielo, perdía el color de la cara y cada vez agitaba menos las piernas.

Sintió unas fuertes palpitaciones en las sienes, notó un ligero dolor detrás de los ojos y se adelantó con rapidez. Yanim se apartó de su camino al ver la determinación del chico, y Brenan hundió los dedos todo lo que pudo bajo la roca y, con un grito ahogado por el esfuerzo, empujó con todas las fuerzas que pudo reunir. Sus delgados brazos se tensaron y sus venas se llenaron de sangre y la cara se le hinchó y amarató, pero lentamente la roca fue ascendiendo. Klei movió el hombro cuando percibió que la presión de la gigantesca roca era cada vez menor.

Brenan, en un último esfuerzo y liberando toda la energía con otro grito más potente que el anterior, levantó los codos y consiguió dar la vuelta a la roca, liberando a Klei por completo.

Luego todo oscureció y el cielo y el suelo intercambiaron el sitio.

—Eh, chaval —dijo Yanim, agitando la cara de Brenan con su manaza.

—Ya parece que despierta —dijo Baldo.

Brenan abrió un poco los ojos y vio que seguía en la cantera.

—¿Qué...? —Se incorporó y tanto Yanim como su padre y el resto de canteros le dejaron espacio para respirar—. ¿Y Klei?

—Se lo han llevado al cirujano —informó Dresdemar—. Tenía el brazo completamente aplastado, los huesos hechos papilla.

Se llevó los dedos a la boca al saborear el hierro de la sangre. Pudo ver que la sangre le había manado de la nariz, aunque la hemorragia ya se había detenido. Todos los canteros le miraban perplejos, como si hubiese

sido él el responsable del accidente.

—¿Qué pasa?

—Culebrilla... Esa roca que has levantado pesa casi trescientos kilos.

Brenan miró la piedra, que seguía en la postura en la que él la había dejado. Yanim escupió y se aclaró la garganta.

—¿Cómo cojones has hecho eso?